

motos de América a las aspiraciones de ese pueblo esforzado.

En ese instante don Alfonso Cravioto, en un mes de ocio lírico, escribe su libro. Sabe interpretar la aspiración de esa hora. Recoge toda la bella tradición de la conquista y la colonia y la vacía en versos de fino corte moderno. Entendámonos. Estamos en el año de 1921. El modernismo de entonces es el modernismo de Rubén Darío. Con una displicencia aristocrática va engarzando frívolos asuntos que miran más bien a la anécdota ingeniosa y pintoresca sin olvidar por ello a la maravillosa Sor Juana Inés de la Cruz y al dolor del indio, secular tragedia que clama todavía la piedad de un Fray Bartolomé de Las Casas a quien dice el poeta estas bellas palabras: «y nunca fuiste el gachupín y siempre fuiste el español». Evoca la joroba grotesca del gran don Juan Ruiz de Alarcón, hijo de América que daba el oro puro de sus comedias a uno de los más altos ingenios de Francia. Y al hablar a Hernán Cortés hace soberbio la apología del indio.

Todo el libro del señor Cravioto está lleno de la preocupación nacional. Pero, fuerza es confesarlo, su patriótica intención está débilmente sostenida en más de una página del libro por una realización estética pueril y balbuciente. Sabíamos que el señor Embajador era un hombre de ardientes arranques oratorios, de elocuente palabra tribunicia. No conocíamos su don lírico. No obstante, habrá que calificarlo con mayor propiedad entre los diplomáticos que hacen ejercicios de poesía que entre los poetas que hacen ensayos de diplo-

macia. Su libro, que es una interpretación poética de México en el momento más bello de su historia, será leído con cariño por quien sepa sentir lo que un escritor nuestro ha llamado en fórmula breve y precisa «el nacionalismo continental».—*R. M. F.*

## POLITICA

UNA DICTADURA EN LA EUROPA DEL SIGLO XX, por *Marcelino Domingo*.

La dedicatoria puede darnos el tono del libro de Marcelino Domingo:

A la memoria de Mateotti, víctima de un Estado en el que la violencia está por encima de la Justicia, y que, imposibilitada para soportar la crítica de los adversarios, necesita imponerles, por la fuerza, el silencio o arrancarles por la fuerza, la vida. A la sagrada e imborrable memoria de Mateotti y en apelación de solidaridad espiritual combativa contra las autocracias a la Europa democrática.

Y también, entre las citas iniciales, esta de Mac-Mahon:

No hará falta levantar barricadas. Las piedras solas se levantarán contra ellos.

Desde la portada del libro (1), desde el título mismo, se advierte una actitud combativa en una lucha sin tregua ni cuartel. Pero como libro generado y nacido en el combate he-

(1) *Una dictadura en la Europa del siglo XX*. Historia Nueva, Madrid, 1929.

mos de entrar a él como a un espectáculo patético en que, más que los primores de la expresión, han de preocuparnos las actitudes, gallardas o menguadas, de quienes participan en la ideológica pugna.

Porque de un combate a muerte se trata entre un mundo viejo que se enfermó de impotencia para reaccionar contra sus errores seculares y un mundo nuevo que, como remedio heroico y transitorio, nos propone la dictadura como una dolorosa expiación del pasado y como un acto de contrición suficiente para que, olvidados los males pretéritos, limpios y purificados, miremos el porvenir y nos entreguemos confiados a su bella aventura peligrosa. Desde luego, y anotémoslo antes que se nos olvide, constituye un timbre de honor para la dictadura española haber permitido la publicación de este libro libérrimo que, con tan bronca y viril valentía, repudia un régimen político en que se inspiró Primo de Rivera al preparar su golpe de estado. Y es mayor éste honor para el dictador español cuando se piensa que los capítulos de este libro de guerra se han publicado previamente en los diarios españoles sometidos a la censura dictatorial. No nos consta la publicación en la prensa española pero el hecho nos parece presumible del estilo periodístico e improvisado que da una inquieta y trémula tensión a las páginas del libro del vigoroso republicano español.

Seguramente que si estas líneas no exentas de simpatía a la persona moral de Marcelino Domingo llegan a caer en manos de un curioso lector del porvenir no pueda éste dominar

su extrañeza al advertir que subrayamos como una honrosa virtud el hecho de que un gobernante de nuestro ufano y engraido siglo XX, que tanto prodiga el adjetivo estúpido para calificar al que le antecedió en la carrera del tiempo, permita la publicación o circulación de un libro que es la expresión de una ideología política. Buena o mala. Pero ideología. No va a ser una de las menores vergüenzas de nuestra época la estúpida persecución a las ideas que han prodigado quienes, por un golpe de audacia, han empuñado el poder público. Yo no creo que sea un título de honor para ningún gobernante, así sea el más genial de la tierra, el que consienta la publicación de un libro en el que se expone una concepción política adversa a la que él sustenta. Creo que si él desde su puesto tiene el derecho de imprimir las orientaciones políticas que su conciencia le dicte tiene a su vez, paralela y correlativamente, la obligación de tolerar y permitir la crítica del resto de sus conciudadanos, tan dueños como él de tener la ideología política que mejor les parezca. Y no obstante ser éste mi pensamiento radical y profundo, debo, síntoma de la época, celebrar el hecho de que el dictador español permita la publicación del libro de Marcelino Domingo sobre Italia.

¿Era bueno el régimen político imperante en Italia con anterioridad a la imposición fascista? Indudablemente no. Esto no tiene vuelta. La vida política europea estaba saturada y asqueada de parlamentarismo. Así se explica que, sin ninguna protesta, salieran al destierro las más

prominentes cabezas políticas de Italia y España. La protesta de Unamuno en España no era una manifestación de solidaridad a la política antigua. Era el trágico desgarramiento de la conciencia de un hombre libre ante la política castrense que empezaba a diseñarse y que amenazaba aplastar por la fuerza todo asomo de la dignidad civil en derrota. Porque si Primo de Rivera se apoderó del gobierno fueron los intelectuales los que hicieron la revolución. Repitiendo una vez más la admirable definición de Ortega y Gasset que dice que la revolución no es la barricada sino un estado de espíritu, no se tomará a paradoja el que yo afirme que fueron el mismo Unamuno, Maeztu, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Azorín quienes hicieron la revolución. A ellos pertenecen las páginas más vigorosas de la angustia española después del desastre. Ellos aguijaron la conciencia española llamándola a la revisión de sus errores políticos fustigando la farsa parlamentaria, revelando el mundo de fantasmas que regía la vida nacional ahogando antes de nacer sus aspiraciones más puras y ocultando, para olvidarlas, sus trágicas miserias. Esos intelectuales, poseídos del más alto sentimiento patriótico, exploraron los rincones íntimos de la sensibilidad española y en cada momento dijeron, con valentía tremenda, su verdad desnuda y rotunda. El cansancio y la repugnancia que el español sentía por sus políticos ignorantes y corrompidos fué obra en gran parte de los intelectuales españoles que no olvidaron nunca la conciencia de su histórica responsabilidad. ¿Cómo se

explica entonces el hecho de que partiera al destierro Unamuno junto con los políticos del antiguo régimen que había azotado toda la vida con sus sarcasmos fieros y sus apóstrofes mesiánicos? No es precisamente la lógica la que preside la vida política de un país. Menos todavía en tiempo de revolución. Y menos todavía cuando sobre la revolución se instala la dictadura y transforma la revolución en reacción. Nos referimos al caso de España porque es el que más conocemos y porque es el mismo que, con variantes de nombres propios y geográficos, puede aplicarse a los países contagiados del morbo dictatorial.

Porque, liberal puro, Marcelino Domingo no transige con los regímenes de fuerza así estén ellos encarnados en figuras tan distantes como Mussolini, Trotsky o el general Altamirano. Precisamente uno de sus capítulos se titula *Mussolini, Trotsky y Altamirano*. Es interesante conocer siquiera un fragmento:

¿El derrumbamiento del general Altamirano? Los parlamentarios chilenos determinaron un buen día asignarse una buena remuneración. Tomaron tal acuerdo de manera sigilosa y subrepticia y en hora en que el presupuesto del Estado se saldaba con déficit y en que los funcionarios del Estado no recibían puntualmente sus soldadas. ¿Estaba la política de Chile en manos de hombres venales, de hombres incompetentes? ¿Se desenvolvía la política de Chile sin ambiente público, y ello hacía que fueran fáciles los comentarios comineros adversos a los políticos, y que éstos, por su parte, sin control de opinión y sin responsabilidad ante una opinión que no existía, no anduvieran siempre en línea recta? ¿Es el pueblo

de Chile un pueblo a quien le place, más que ser actor en una historia de gran horizonte, ser espectador de deleznable episodios históricos? Lo que sea. Lo importante es que la resolución crematística de los diputados dió motivo al golpe de Estado. El presidente Alessandri embarcó para Europa. El general Altamirano se encargó del poder. No es fácil desde aquí seguir y comentar las incidencias de la política chilena—que este nuevo régimen equivalía también a una forma política.—¿Es que el general Altamirano ha defraudado las esperanzas que se fundaron en él? ¿Es que no le ha sido posible al general suplir con su mucha voluntad su poca inteligencia? ¿Es que han despertado más ambiciones? ¿Es que se ha sentido el afán de un nuevo espectáculo? Habría de vivirse en Chile para ir dando respuesta a estos interrogantes. Lo indudable es que si la vieja política, simbolizada en el presidente Alessandri no fué derribada por un movimiento de opinión popular, el general Altamirano no ha sido derribado por el empuje de la opinión tampoco. Un grupo de oficiales jóvenes es el que ha tomado con el general Altamirano la misma resolución que el general Altamirano tomó con el presidente Alessandri.

¿No se percibe, emplazado en distintas escenas y encarnados en distintos héroes, el mismo drama? Es el drama que ya anunciaron las Sagradas Escrituras, a los hombres, cuando les dijeron: «Los martillos que destruirán el templo, se forjarán dentro del templo mismo».

Tal es el estilo político de Marcelino Domingo. Equidistante de Roma y de Moscú, que con finalidades distintas inauguran idénticos métodos de acción política, se conforma con ser un buen liberal. Pero no un liberal antiguo de rígido perfil individualista. Para este liberal los problemas sociales existen y existe la obligación de los hombres de Estado de

buscar fórmulas de equilibrio y de armonía entre la riqueza y el trabajo. En cuanto al problema mismo de las dictaduras en Europa, su solución, por lo sencilla, es acaso la más difícil de alcanzar: Ni lo de antes ni lo de ahora.

Porque, siendo este el desideratum, faltan los hombres (¿o las masas?) capaces de forjar esa nueva fisonomía del Estado en que sueñan los descontentos de los regímenes actuales.—*Roberto Meza Fuentes.*

VOZ Y VOTO, por *Rafael Calteja.*

El título (1) puede hacernos temer algún grave tratado de derecho político inaccesible al profano lector o una colección de panfletos truculentos poco atrayente por demasiado accesible. Por suerte no es un libro técnico para especialistas ni un hacinamiento de carteles de propaganda para convencer a convencidos. Es el libro del equilibrio y la medida: ni un tratado ni un cartel.

Para fundar nuestro voto familiaricémonos desde luego con la voz del autor:

Descártese del título toda intención presuntuosa. Voz y voto, en el ágora; uso popular: no privilegio de elegidos. Rótulo, no enteramente arbitrario, de ademanes diversos ligados por un intento en todos latente: lanzar flechas de emoción, ojalá contagiosa, por si puede serlo, hacia sendos temas activos.

Antes de que muera nuestro siglo, ya apenas joven, se habrá cumplido

(1) *Voz y voto.* Historia Nueva. Madrid, 1929.